

EL CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

PARTE NO OFICIAL

LA VICTORIA O LA MUERTE.

Hablar de capitulación es una insensatez; pretender que nos rindamos, un crimen.

Nada más tenemos que decir á nuestros enemigos.

La grandeza de alma de nuestros soldados, y la incorruptibilidad y altísimo patriotismo de sus dignísimos jefes y oficiales, nos escusa entrar en otros detalles. Y lo que decimos de nuestros queridísimos camaradas en el orden militar, lo hacemos extensivo á nuestros sufridos y resignados compañeros en el orden civil.

La resistencia de Cartagena ha de ser tan acentuada y enérgica, como miserable y ruin ha sido la conducta de sus menguados detractores.

Nuestra revolución no es el grito de angustia, lanzado por la multitud desheredada desde el fondo de su horrible miseria; no es tampoco la indignación que produce en toda alma honrada el criminal proceder de unos cuantos farsantes ó especuladores políticos; es simplemente, una protesta viva, elocuente é irrecusable, no ya precisamente á nombre de un principio político ó filosófico determinado, sino á nombre de la humanidad esclava, de la humanidad proscrita.

Además, el esclavo, el paria, el desheredado, el desvalido, el explotado en una palabra, tiene derecho á que se les redima, aunque para ello sea preciso que pueblos como Valencia, como Cádiz, como Sevilla, como Granada, como Salamanca, como Castellón y como Cartagena, acepten una muerte tan gloriosa como terrible.

El 14 de julio, tiene de grande, de magestuoso y de imperecedero, en que su obra no pertenece exclusivamente á París, ni á la Francia, sino á la humanidad toda.

Solo los pueblos serviles, sólo los pueblos degradados, sólo los pueblos en quienes el sentimiento de la liber-

tad es negativo, son los que únicamente se mueven á impulsos de pasiones innobles, ya que no alentados por la ignorancia que engendran en ellos el aliento impuro de las ficciones monárquicas y religiosas.

Cada pueblo tiene una misión tan sagrada como augusta que cumplir. Al nuestro le ha correspondido realizar la suya. El progreso es á veces inexorable. Inmortalidad significa también sacrificio. La gloria, bajo el punto de vista puramente político, no se alcanza sino con el martirio. De aquí nuestra resignación heroica y nuestra potente y firmísima resolución de vivir libres ó morir combatiendo.

El pueblo que se detiene en la senda de la civilización y del progreso abdica, el que reniega de ella, se suicida.

En cuanto á nosotros, no se nos oculta el sombrío y pavoroso porvenir que nos tiene reservado, de un lado, los ciegos sectarios de una personalidad altamente odiosa y funesta á la localidad; y de otro, la proverbial crueldad de los sitiadores. Mas esto, lejos de abatir nuestro espíritu, lejos de intimidarnos, no hara más que prestarnos nuevos y más poderosos bríos, para salvar si nos es posible de las sangrientas garras de los centralistas, esta gloriosa herencia, en cuya participación han entrado moralmente todos los pueblos de la tierra.

La fe ciega, la fe estúpida, la credulidad inconsciente, no existe para nosotros. Las continuas y dolorosas lecciones que nos suministra la historia contemporánea de nuestra patria, nos ha hecho conocer á fondo el corazón del hombre, y sondear algo atrevidamente por cierto, sus misteriosas palpitaciones.

Ciertas palabras, ciertas filípicas, ciertos discursos al parecer elocuentísimos, arrebatadores y casi sublimes, despedazan horriblemente la conciencia de los pueblos, y dan no sabemos qué fatídica preponderancia en los destinos del mundo, á la raza de los miserables.

Sin esa elocuencia sublime de que

hemos hablado, Castelar no hubiera podido dar en tierra con la República. Su grandilocuencia, sus arrebatos sublimes, su inimitable oratoria y sus incomparables apóstrofes de otros tiempos, sólo han servido para enervar á los pueblos y arrancar de su poderoso corazón, el sentimiento de la propia dignidad. Verdad es, que para que tales actos pudieran realizarse, se necesitaba nada menos que una mayoría tan servil, tan venal, y tan corrompida como la de las últimas Constituyentes.

Sobre esa raza de políticos, sobre sus miserables cabezas, debe pesar toda entera la venganza nacional.

Y para que este día llegue, preciso ha de ser que todos, absolutamente todos cuantos nos hallamos comprometidos en esta colosal y gigantesca empresa, tengamos una gran confianza en los hombres que han echado sobre sus hombros, la pesada carga de redimir desde este rincón del mundo, á nuestra infortunada nación.

Por lo demás, ninguna desconfianza deben inspirarnos los que al asociarse á nuestro magnánimo y providencial alzamiento, no sólo han comprometido su brillantísima posición como tales jefes y oficiales del ejército, sino que se han jugado también sus cabezas.

Y si es cierto que algunas expediciones militares no han salido todo lo bien que hubiera sido de desear, culpe no á falta de celo ó de pericia en su desempeño, sino á un conjunto de circunstancias ó de contrariedades de las que no es fácil prescindir todas las veces, en aventuras de este género.

Por lo demás, la guerra tiene sus encantos y sus peripecias, sus alegrías y sus contrariedades. El genio caprichoso de la victoria, no todas las veces se muestra propicio á los guerreros que la solicitan. El mismo Marte hubiera palidecido ante este sombrío azar, la guerra Napoleón no pudo aun apesar de su Austerlitz, de su Jena y de su Marengo, prescindir de su lúgubre desastre de Waterloo.

La severa frialdad del raciocinio,

es la única que puede neutralizar en parte tan delicados extremos. Asociemos pues, á este pensamiento, la buena fé del hombre de bien, y habremos resuelto uno de los más graves problemas de actualidad.

Y si no ha sonado aun la hora de nuestra emancipación; si la Justicia cual un juez dormido presencia con marcada indiferencia la huella del crimen y la mirada del criminal; si los esfuerzos de un pueblo libre; si los sublimes arrebatos de una legión de héroes, no han de conmover en lo más mínimo el corazón de esta parte de la humanidad que sellama España, si ha llegado en fin, la hora de que saboreemos una por una todas las amarguras del cadalso, ó todas las tristísimas penalidades de una dolorosa expatriación, al menos que nuestros últimos actos correspondan á la grandeza sublime del sacrificio, así como de eterna vergüenza y remordimiento, para los que, viles y cobardes, prefirieron la calma del despotismo, á las saludables agitaciones de la libertad.

ESTEBAN NICOLÁS EDUARTE.

Los periódicos de Murcia publican el siguiente documento oficial, cuya veracidad dejamos á la consideración de nuestros correligionarios:

«Boletín extraordinario correspondiente al miércoles 1.º de Octubre de 1873.—El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación en telegrama que acabo de recibir me dice lo siguiente:—El general Ceballos se ha hecho cargo ayer del mando en Jefe del Ejército que sitia á Cartagena.—La situación de ésta se hace cada día más insostenible.—Las deserciones de aquella plaza al campo sitiador, son cada vez más numerosas.—Del cuerpo de Artillería sólo quedan doce soldados dentro de Cartagena.—Batallón insurrecto de Mendigorria, ha pretendido sublevarse por la esca-

